

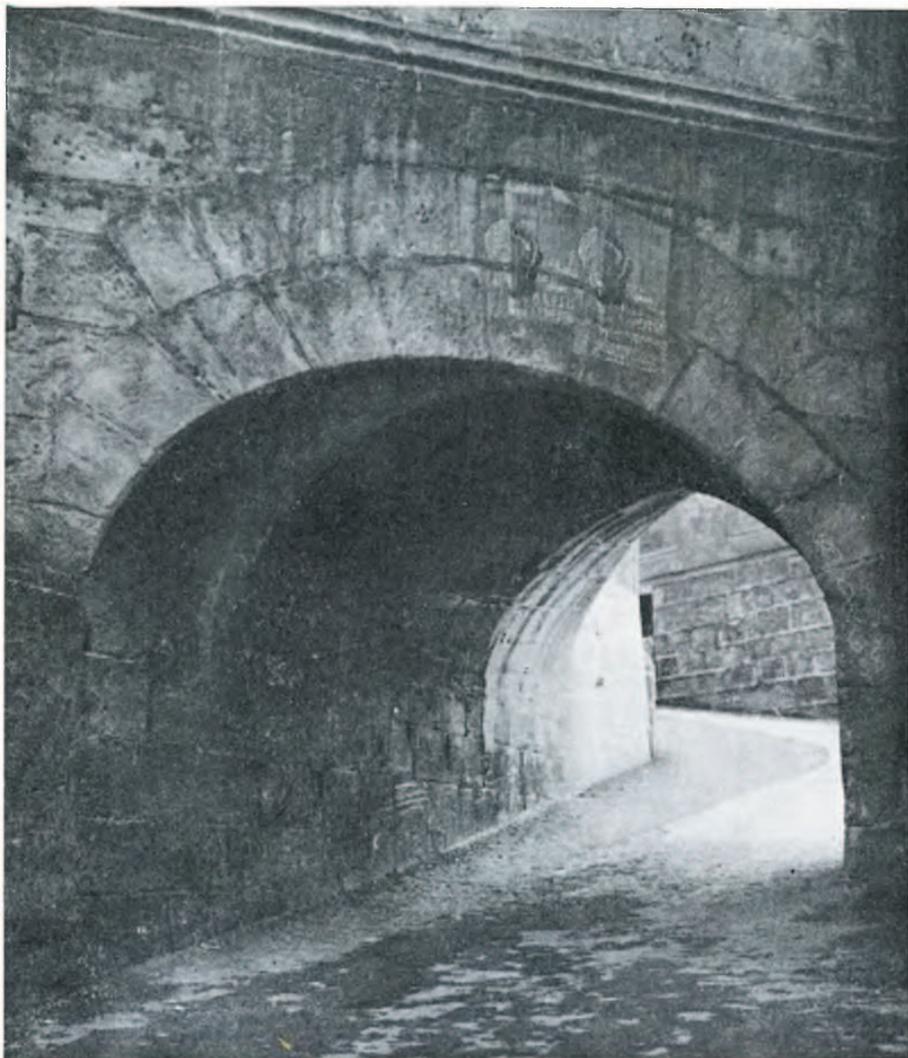
se haya cavado todavía, aunque se ha cavado mucho, en el punto justo donde habría que cavar.

O quizás, y eso sería peor, no se haya tenido en cuenta lo que ha aparecido. Porque sería mucho esperar que el primer golpe de azada o de excavadora sacara a la luz los capiteles corintios del templo de Venus Marina. Lo que sale con más facilidad es naturalmente lo que es más abundante, y ¿quién negará este título a la humilde, ubicua e indestructible cerámica? En aquellos buenos tiempos en que nadie pretendía que los cacharros fueran irrompibles, éstos se rompían como hoy, sólo que en pedazos más grandes. Y, por corto que fuera el número de los habitantes de Oiasso, en un par de siglos y contando con la proporción corriente de niños, tuvieron que legarnos un considerable montón de escombros.

¿Qué saldrá, si un trozo de olla nos marca algún día el lu-

gar? Dejemos campo a las preferencias de cada uno, aunque un tesoro o siquiera un tesorillo de los que se habla ahora —los excavadores han perdido empuje desde la época de Schliemann— siempre vendría bien. Personalmente no tengo mayor entusiasmo por piedras y ladrillos, como no vengan escritos. No es que uno, que ha dejado atrás las rosadas ilusiones de la adolescencia, sueñe con encontrar el poema de un Orixe pagano o los versos de los patriarcales precursores del Xenpelar y Basarri. Pero alguna inscripción con unos buenos nombres indígenas, que para ser de vascos de casta tendrían que llevar cada uno un par de haches, no es demasiado pedir. Luego resultará a lo mejor que no aparecen más que Flavias, Fabios y Sempronios, porque nuestros remotos antecesores eran gente a la que no le gustaba quedarse atrás en materia de modas.

Mikela - zulo



Me atraía el túnel de la iglesia. De siempre. Cuando crío, porque no me dejaban en casa ir lejos y ya me parecía una aventura llegar desde la calle Santa María, para jugar a «tocapiés» en ese relleno del triángulo con el muro de la iglesia, que ahora es de cemento y antes no lo era. Más tarde, «a bules» y «a guerras» siempre era obligatorio como escondite. Allí cerca, en la «torre» de tablonnes que solía haber, recibí las impresiones primeras del prisionero. Eran los de la calle Magdalena, capitaneados por Pingarrón quienes me pillaron.

El lugar tiene sin duda mucha historia de la que se escribe y de la otra. Nos dicen que en tiempos de Maricastaña sirvió de comunicación entre la muralla y su baluarte: que debía ser por este lado la actual torre de la iglesia, y es seguro que entonces y ahora, ha servido de punto de cita para desafíos entre los mismos chavales que, en su obscuridad, ocultaron los humos de su primer cigarro, y también para dar sensación de clandestinidad a pudibundas «manitas» de enamorados.

MIKELA-ZULO es un «txoko» que gusta a todos. Es una curiosidad arquitectónica, romántica y evocadora, que a todos nos atrae. Los forasteros y turistas se paran a mirar sus encantos y tratan de llevárselos consigo. No hace mucho tiempo que tres muchachas embadurnaron unas telas tomándolo por motivo.

Yo, que ahora me he hecho fotógrafo, he pensado que no quedaría mal entre las demás cosas de OARSO, esta foto del «túnel de Calle Arriba», ya que aun con sus losas tapadas de macadam, sigue teniendo la castiza estampa de las cosas que, precisamente por su inmutabilidad, nunca mueren para nosotros. Su vista la llevamos dentro, igual que la sintieron nuestros padres, y no dudamos que quienes nos sucedan, como también el «zulo» tendrá algo que decirles, les ocurrirá lo mismo. Que así sea.

B.